

# Invocaciones de la casa

Vicente Quirarte

*Entre los centros de estudio prehispánicos, la universidad novohispana y nuestra actual Casa de Estudios existen profundos vasos comunicantes. El poeta Vicente Quirarte entabla un diálogo entre el presente, el pasado y el porvenir de una institución cuyos privilegios disfrutamos y que estamos comprometidos a lanzar hacia el futuro.*

Amanece en el sur de la Ciudad de México este domingo de enero de 2010. No obstante las rebeliones planetarias, la impetuosa primavera pone sus plantas casi todo el año en el valle de México. Un frío acendrado e imprevisto nos compensa acentuando las formas sinuosas de la mujer dormida, el cono sobrio y viril del Popocatepetl. Apenas teñidos por un sol más bien avaro, los volcanes parecen flotar en el aire, impecable maestro de dibujo. Comienza el día en Ciudad Universitaria. Cantan los primeros pájaros al igual que lo hicieron cuando el magma surgido de las entrañas del Xitle, tras clausurar todo indicio de existencia, dio paso al enfriamiento y al paulatino, irrefrenable impulso de la vida. Desperezan sus músculos tlacuaches endémicos; perros salvajes de la zona dan inicio a su diaria búsqueda de sustento. Cobran la vida que de otra manera ya tienen serpientes, jaguares: animales de una estirpe que no duerme y a través de la mano del escultor que les dio vida realizan trabajo centinela. En este día de asueto y a esta hora de la mañana, Ciudad Universitaria respira en apariencia a través de sus edificios y sus campos, su estadio y sus banderas. Mañana volverá a palpitar en combinación con quienes le dan plena existencia.

De acuerdo con Fernando de Alva Ixtlilóchitl, el 24 de abril del año 76 tuvo lugar el cataclismo geológico que provocó el surgimiento de un paisaje que aún ahora,

1934 años después, podemos observar en sus dramáticos accidentes, alternando con la fauna y la flora propias del lugar. Dos artistas de diferente disciplina y en distinto tiempo recorrieron el lugar y dejaron testimonio de su paso. Un escritor y un fotógrafo: Federico Gamboa y Alfonso Sánchez Portugal. El primero publicó la novela *Santa* en 1903, cuando la Ciudad de México parecía el mejor de los mundos posibles y el sur de la urbe un territorio inexplorado. De su vecino pueblo de Chimalistac, la joven Santa, con el consentimiento de su madre, hacía excursiones solitarias a ese lugar que el escritor describe así:

Inexplorado todavía en más de lo que se supone su mitad, volcánico todo, inmenso, salpicado de grupos de arbustos, de monolitos colosales, de piedras en declive tan lisas que ni las cabras detienen en ellas, posee arroyos clarísimos, de ignorados orígenes, que serpean y se ocultan y reaparecen a distancia, o sin ruido se despeñan en oquedades y abras que la hierba disimula criminalmente; cavernas y grutas profundas, negras, llenas de zarzas, de misterio, de plantas de hojas, disformes heráldicas casi, por su forma; simas muy hondas, hondísimas, en cuyas paredes laterales se adhieren y retuercen cactus fantásticos, y de cuyos fatídicos interiores, cuando a ellos se arroja una piedra que jamás toca el fondo verdeante

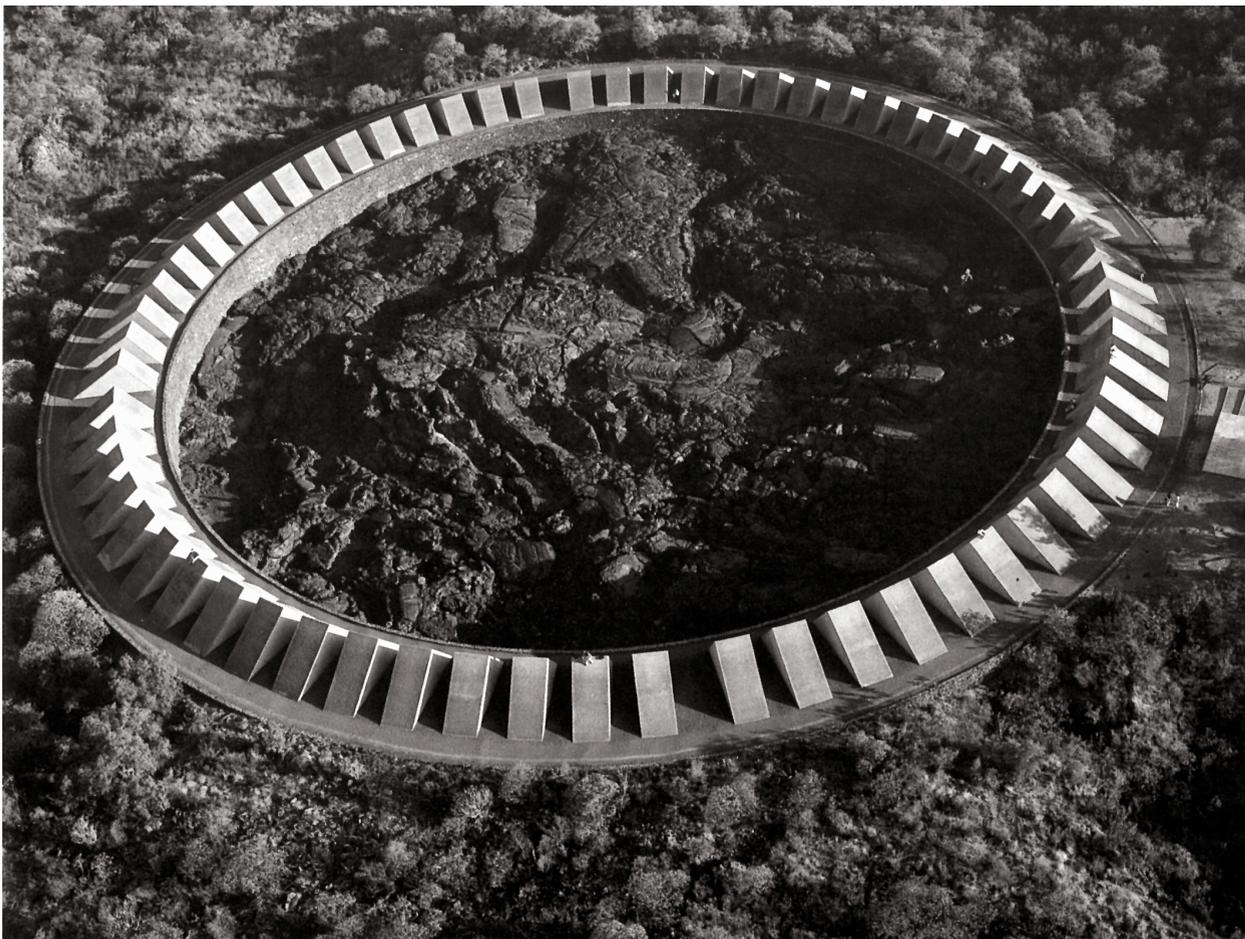
y florido, tienden el vuelo pájaros siniestros, corpulentos, que se remontan por los aires, muy alto, en amplias espirales lentas... Aquí, allá, magueyes; espiando a los barrancos y precipicios. Pirúes frondosos atraen con su peligrosa sombra la cual, se dice, brinda a quien la goza, desde la jaqueca hasta la locura. Formando islotes, álzase en promontorios hormigueros trabajadores, con un ir y venir de pequeños bichos bien perceptibles; y en los resquicios de la toba volcánica, las biznagas, redondas, sanguinolentas, defendiendo con sus espinas el sabroso fruto. Por dondequiera matorrales que desgarran la ropa; amenazas de que una víbora nos asalte o una tarántula se nos prenda; y lo que es más lejos, algo peor: los gatos monteses y los tigres y la muerte...

Como lo sintetiza César Carrillo Trueba en su libro *El pedregal de San Ángel*, caminar por aquí es hacer un viaje por las edades geológicas y repasar “grietas, montículos rocosos, hondonadas, hoyos, arrugas a manera de cordones, cuevas, planchas gigantescas de roca y fracturas”. Cada cicatriz merece el heridor que la provoca y el herido que la recibe. En medio de este pedregal, de este malpaís despreciado, un pintor y un arquitecto, Diego Rivera y Luis Barragán, tuvieron la revelación estética de establecer una ciudad dentro de la ciudad. Estamos en Ciudad Universitaria, con mayúsculas iniciales. Sin artículo. Al igual que en otras partes del mundo para denominar a la capital del país se dice Ciudad de México,

hay una diferencia radical entre decir la ciudad universitaria y Ciudad Universitaria. Las mayúsculas de la segunda frase y la ausencia del artículo están obtenidas por una autonomía que va más allá del término jurídico. “CU”, sin el artículo, es la manera más común en que hablamos sobre nuestra casa, nuestro espacio común, nuestra Ciudad, ésa que ejercemos con mayúscula y vivimos con la minúscula que le dan confianza y cercanía, la familiaridad y la convivencia diaria. Como decir mamá con la minúscula del calor cotidiano y alabarla con la mayúscula de la que no se despoja.

El texto polifónico, complejo y fecundo llamado ciudad es modificado por aquellos que al vivirla la leen, la traducen, la construyen cotidianamente. Calles, parques, edificios, y la quinta fachada que de manera común llamamos cielo se transforman en personajes vivos desde el instante en que sus habitantes los utilizan como espacios de servicio o de producción, de libertad, placer o conocimiento. Una misma calle adquiere otro significado de lectura si es recorrida por un par de enamorados, un desfile militar, el hombre jubilado de los trabajos del mundo o la bicicleta del hoy casi extinto repartidor de pan.

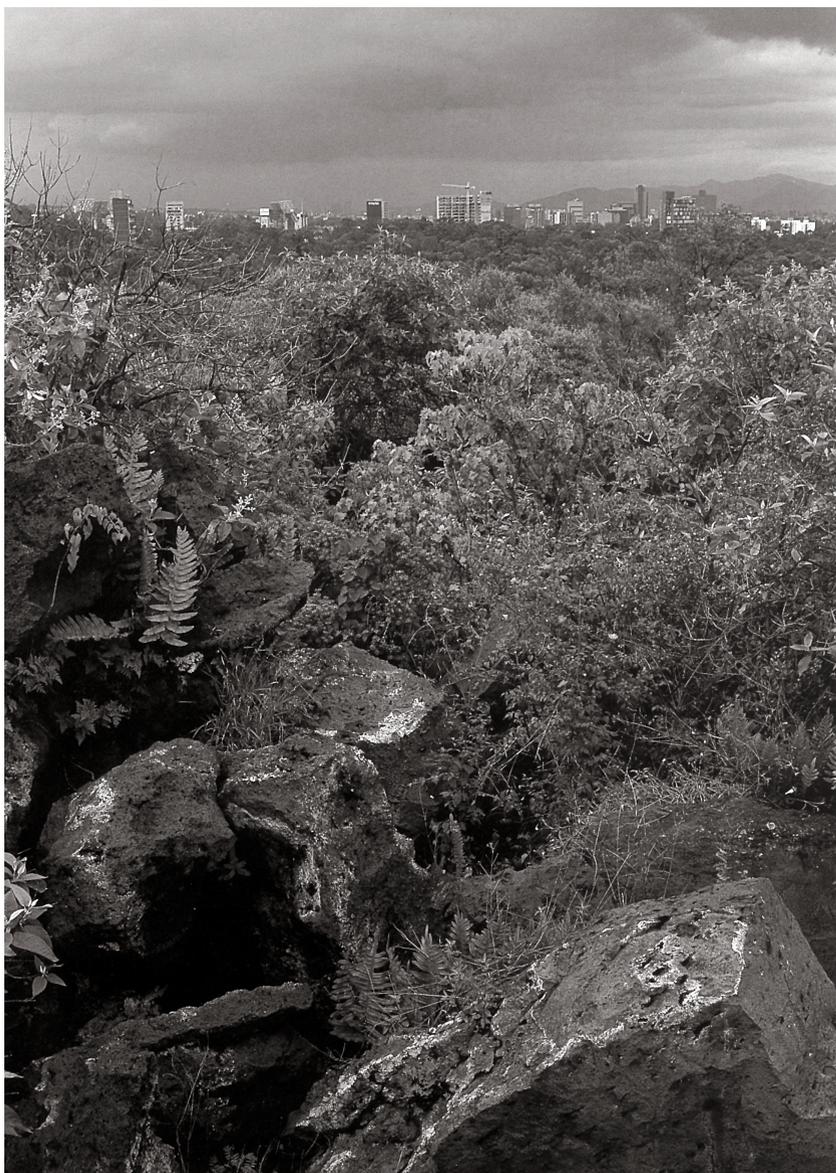
Los centros de estudio son acumuladores poderosos en el gran mecanismo vivo de la ciudad. Concentran en su seno el trabajo colectivo y diverso de habitantes que persiguen un propósito común: construir una ciudad invisible que otorga nueva fuerza a la ciudad vi-



Espacio Escultórico, Ciudad Universitaria

sible. Una parvada de niñas de uniforme a la salida de la escuela, el proceso iniciático de los alumnos universitarios de primer ingreso, los estoicos y sufridos *perros* son acontecimientos que limpian y renuevan la sangre en las arterias de la ciudad. La Universidad representa el tiempo en que los pasajeros en tránsito se preparan para la batalla final que los hará más aptos en la construcción del futuro. Es el espacio donde sus investigadores y sus profesores toman de la tradición los elementos que se transforman para descubrir y orientar el talento individual.

La Ciudad de México ha sido cuna, escenario y compañera de la Universidad. De acuerdo con la antigua tradición tolteca, una ciudad no estaba espiritual y materialmente establecida en tanto no existiera en ella una casa de canto. No obstante su vocación guerrera, el imperio azteca abrió los oídos a la lección y basó su poética urbana en la flor y el canto. A la destrucción del acero conquistador siguió la construcción espiritual del mestizaje: la imprenta y la Universidad fueron instituciones que de inmediato fortalecieron a la nueva ciudad.



Reserva Ecológica de Ciudad Universitaria

*Retrato de arquitecto con ciudad* es el título de un libro de Teodoro González de León. De la misma manera, la historia de nuestro centro de estudios es el retrato de una casa con ciudad. Desde la descripción que en 1554 realizara Francisco Cervantes de Salazar hasta el libro que para recordar el medio siglo de vida de Ciudad Universitaria escribió en 2002 Xavier de Anda Alanís, la Universidad ha sido protagonista esencial de la vida urbana. Por ello no es exagerado decir que la historia de la Universidad es la historia de México y de su capital.

Para comprender la importancia que la Universidad tuvo desde sus orígenes en la conformación del mapa espiritual de la urbe, es posible acudir al primero de los *Diálogos latinos* de Cervantes de Salazar:

GUTIÉRREZ

...Pero sírvete informarme de lo que no he querido preguntar a ningún otro: ¿qué edificio es ése con tantas y tan grandes ventanas arriba y abajo, que por un lado da a la plaza, y por el frente a la calle pública, en el cual entran los jóvenes, ya de dos en dos, ya como si fueran acompañando a un maestro por honrarle, y llevan capas largas y bonetes cuadrados metidos hasta las orejas?

MESA

Es la Universidad, donde se educa la juventud: los que entran son los alumnos, amantes de Minerva y de las Musas.

GUTIÉRREZ

En tierra donde la codicia impera, ¿queda acaso algún lugar para la sabiduría?

MESA

Venció la que vale y puede más.

GUTIÉRREZ

Sí; en aquellos que estiman las cosas en lo que realmente valen, y no toman las viles por preciosas, ni al contrario.

MESA

Pues a éstos que así juzgan, los venció y dominó antes la sabiduría; que a no ser así, de todo formarían juicio errado.

GUTIÉRREZ

Razón tienes. Pero ruégote que entremos juntos. Ancho es, por cierto, el zaguán, y muy espaciosos los corredores de abajo.

MESA

Iguales son los de arriba.

GUTIÉRREZ

Para el número y concurrencia de estudiantes tiene bastante amplitud el patio; y por este lado izquierdo hay es -



Reserva Ecológica de Ciudad Universitaria

pacio sobrado para cuadrar el edificio, igualando el lado derecho. Pero dime lo que importa más, y que realmente ennoblesce a una Universidad, ¿qué tales profesores tiene?

MESA  
Excelentes.

GUTIÉRREZ  
Por supuesto que no pregunto de su honradez, sino de su instrucción y práctica en la enseñanza.

MESA  
Son empeñosos, y versadísimos en todas ciencias. Y hasta te diré, nada vulgares, y como hay pocos en España.

Procede posteriormente el diálogo, con gran poderío sintético, a describir el edificio de la Universidad, lo que en ella se enseña y las características particulares de sus estudiantes y sus docentes. En esencia el espíritu de la Universidad es el mismo. Pero el objeto de estas líneas es recorrer la historia de la institución los últimos cincuenta años.

Debemos a Luis González Obregón una panorámica sobre la población universitaria en el siglo XVI: “Los alegres estudiantes de la Universidad, con sus raídos manteos; los doctores, con sus borlas y con su eterno entrecejo, los bedeles; los frailes dominicos, con sus hábitos blancos y sus capas negras...”. Y en 1605, albores del siglo XVII, escribe Bernardo de Balbuena en su poema *Grandeza mexicana*:

Ni en Grecia Atenas vio más bachilleres  
que aquí ha insignes doctores,  
de grande ciencia y graves pareceres;  
sin otras facultades inferiores,  
de todas las siete artes liberales  
heroicos y eminentes profesores.

Espacio de tolerancia por excelencia, la Universidad dio una nueva muestra de su apertura ideológica cuando en su interior alojó a la estatua ecuestre de Carlos IV. Sólo la fuerza de la cultura, ante el impulso de los nuevos tiempos, pudo comprender que la figura era una obra maestra y no sólo el símbolo del antiguo régimen. Al igual que la propia Universidad, el que la imaginación popular bautizó con el nombre de *Caballito* ha recorrido la ciudad en diversos momentos de la historia. *Maravilla del arte la más nueva*, el bronce en movimiento modifica y completa las proporciones de la plaza, el edificio o la avenida donde le corresponde ser protagonista y escenario. Corcel y jinete ocupan el fin de un siglo y logran el paso a nuevos tiempos para ser actores y testigos de alegrías y pesares, revelaciones y rebeliones, fastos y duelos de la ciudad que les rinde toda clase de homenajes, desde la solemne instauración en el centro espiritual y material del Imperio, hasta la República que mediante el ingenio popular, funde ambos cuerpos —el del monarca y el de su cabalgadura— en el diminutivo *caballito*. Así lo transforma en hito urbano, patrimonio colectivo, atalaya para mirar el porvenir o el cotidiano trayecto de la vida.